

**CAPÍTULO SEGUNDO**  
**LA LIBERTAD COMO REFLEXIÓN**  
**ANTROPOLÓGICO-FILOSÓFICA Y POLÍTICA**  
**EN EL PENSAMIENTO ORTEGUIANO**

I. Alcances antropológico-filosóficos y políticos de la libertad . . . . .	49
II. ¿La democracia es resultado de la libertad? Visión crítica de José Ortega y Gasset sobre la democracia .	60

## CAPÍTULO SEGUNDO

# LA LIBERTAD COMO REFLEXIÓN ANTROPOLÓGICO-FILOSÓFICA Y POLÍTICA EN EL PENSAMIENTO ORTEGUIANO

El hombre no está condenado a ser libre, pero sí está llamado a llegar a serlo; su libertad es una conquista sobre la naturaleza; es la libertad misma la que realiza su libertad.

*Ignace Lepp*

### I. ALCANCES ANTROPOLÓGICO-FILOSÓFICOS Y POLÍTICOS DE LA LIBERTAD

La libertad es uno de los temas más apasionantes. Desde la antropología y la filosofía se ha estudiado esta realidad humana, incluso para negar su existencia. No sólo estas disciplinas han abordado el tema de la libertad, también la política, el derecho, la sociología, la psicología, la teología y la literatura discurren desde hace mucho tiempo en la discusión sobre la naturaleza y alcances de la libertad e incluso en la negación de la misma.

El jurista hispano Luis Recaséns Siches, quien radicó durante varias décadas hasta su muerte en México después de la Guerra Civil española, y quien conoció bien el pensamiento orteguiano, ha dicho que el hombre es libre albedrío. Otro jurista de la península ibérica, Federico Puig Peña, escribió que sin el libre albedrío no tendría sentido el derecho penal.

En realidad habría que preguntarse si tendría sentido la existencia humana sin la libertad. ¿Qué caso tendría filosofar si no

existiese la posibilidad de ser libre? ¿La filosofía no surge por la libertad de imaginación, de pensamiento y de palabra?

José Ortega y Gasset pronunció estas palabras en la conferencia *El mito del hombre allende de la técnica*:

El hombre tendrá que ser, desde el principio, un animal esencialmente elector. Los latinos llamaban al hecho de elegir, escoger, seleccionar, *eligere*; y al que lo hacía, lo llamaban *eligens* o *elegens*, o *elegans*. El *elegans* o elegante no es más que el que elige y elige bien. Así pues, el hombre tiene de antemano una determinación elegante, tiene que ser elegante. Pero aún hay más. El latino advirtió —como es corriente en casi todas las lenguas— que después de un cierto tiempo la palabra *elegans* y el hecho del ‘elegante’ —la *elegantia*— se habían desvaído algo, por ello era menester agudizar la cuestión y se empezó a decir *intellegans*, *intellegentia*: inteligente. Yo no sé si los lingüistas tendrán que oponer algo a esta última deducción etimológica. Pero sólo puede atribuirse a una mera casualidad el que la palabra *intellegantia* no se haya usado igual que *intellegentia*, como se dice en latín. Así pues, el hombre es inteligente, en los casos en que lo es, porque necesita elegir. Y porque tiene que elegir, tiene que hacerse libre. De ahí procede esta famosa *libertad del hombre*, esta terrible libertad del hombre, que es también su más alto privilegio. Sólo se hizo libre porque se vio obligado a elegir, y esto se produjo porque tenía una fantasía tan rica, porque encontró en sí tantas locas visiones imaginarias.<sup>87</sup>

De las lecturas de Ortega y Gasset se desprende el hecho de que el ser humano necesita elegir de manera continua. Sin duda, uno de los aspectos más importantes es la profesión, la carrera universitaria. Ya que el hombre se va haciendo, su proyecto de vida en general y el profesional en particular es constante. No hay propiamente un final durante el proceso.

De lo anterior, se entienden las palabras del periodista que escribió en su artículo “Sobre las carreras”:

87 Ortega y Gasset, *op. cit.*, nota 12, t. 9, p. 622.

## LA LIBERTAD COMO REFLEXIÓN ANTROPOLÓGICO-FILOSÓFICA 51

Hay en el hombre, por lo visto, la ineludible impresión de que su vida, por tanto, su ser es algo que no sólo puede, sino que tiene que ser elegido. La cosa es estupefaciente: porque eso quiere decir que a diferencia de todos los demás entes del universo, los cuales tienen un ser que les es dado ya prefijado y que por eso existen, a saber, porque son ya, desde luego, lo que son, el hombre es el único y casi inconcebible ente que existe sin tener un ser prefijado, que no es desde luego y ya lo que es, sino que, por fuerza, necesita elegirse él su propio ser... Ese ser que el hombre se ve obligado a elegirse es la carrera de su existencia. ¿Cómo la elegirá? Evidentemente porque se representará en su fantasía muchos tipos de vida posibles y al tenerlos delante notará que alguno o algunos de ellos le atraen más, tiran de él, le reclaman o llaman. Esta llamada hacia un cierto tipo de vida, o, lo que es igual, de un cierto tipo de vida hacia nosotros, esta voz o grito imperativo que asciende de nuestro más íntimo fondo es la vocación... Siempre que el hombre siente una necesidad lo primero que hace es buscar en su derredor, en el contorno en que él está en el mundo en suma, en eso que llamamos ‘ahí’, algo que pueda satisfacerla... Por tanto, que el hombre nace sintiéndose menesteroso de muchas cosas pero, a la vez, sintiéndose heredero y propietario de no pocas... Pues bien, ante la necesidad de elegir una vida, el hombre busca en su contorno para ver si ahí está ya lo que puede ser su vida, esto es, mira las de los otros hombres, las de los que ya están ahí, las de los hombres pasados... Pero noten ustedes que la carrera de la vida, la vida que hay que elegir, es la de cada cual; por tanto, una línea o perfil individualísimo de existencia. Mas éste es el nuevo cambio de sentido que ha sufrido y que hoy tiene la palabra ‘carrera’. Ha perdido el sentido individual que tenía en la frase de Cicerón (*Exiguum nobis vitae curriculum natura circumscripsit*) para contraerse a significar los esquemas de vida, vidas típicas; esto es, genéricas, abstractas que el individuo encuentra pre establecidas en la sociedad. Son, pues, las ‘carreras’ un concepto sociológico, que recibe también el nombre de ‘profesiones’... ¿Ser albañil es ser hombre, como lo es ser poeta o ser político o ser filósofo?... Las ‘carreras’, he dicho, son esquemas sociales de vida, donde, en el mejor caso por vocación y libre elección el individuo aloja la suya.<sup>88</sup>

88 Ortega y Gasset, *op. cit.*, nota 22, pp. 168-171.

José Ortega y Gasset es un filósofo que no reduce al ser humano a un solo aspecto de su total dimensión. En el pensamiento orteguiano no hay un reduccionismo que contribuya a atentar contra la naturaleza libre de la persona. Es lógico por tanto sostener que para el docente de Madrid, el hombre no es un *Homo Faber*, un *Homo Oeconomicus*, un *Homo Eroticus* o simplemente un centro de imputación de normas jurídicas.

El filósofo madrileño es, en estricto sentido, un liberal, porque creía en la libertad humana y en su carácter eminentemente social tanto en sus principios como en sus fines, aunque no dejó de observar ciertas actitudes absurdas en el ser humano. El autor de *Estudios sobre el amor* estuvo convencido de la importancia de la libertad en la vida social, cultural, política e incluso afectiva. Encuentro en el análisis de Ortega y Gasset una de las realidades humanas más contundentes: el hombre en su afán de ser congruente llega a ser contradictorio, en su búsqueda por ser feliz se empeña en ser infeliz, ahí es donde veo también uno de los grandes dramas del ser humano visto por Ortega y Gasset: el hombre siendo libre, no sabe cómo ejercer su libertad. Desde luego que el filósofo español no pensó la libertad sólo en términos abstractos. El filósofo como testigo y actor del siglo XX vio cómo en nombre de la libertad se cometieron terribles crímenes en contra de ella, y también percibió cómo los régimes autoritarios y totalitarios atentaron contra la dignidad humana encarnada en millones de víctimas.

No puedo imaginar —y no lo imagino porque no fue posible— ver a un filósofo de la talla de Ortega y Gasset dar culto a la violencia, en resumen a la barbarie que niega la racionalidad del ser humano.

He percibido en el filósofo de Madrid a un continuo buscador de verdades escuetas para tratar de conocer finalmente la Verdad. Esa constante inquietud es lo que angustia y libera a la vez al hombre. La libertad fue diseñada para conocer y actuar. En este sentido hay que recordar la sentencia de Aristóteles con la que abre su metafísica: *El hombre tiende de manera natural al cono-*

*cimiento.* Y claro, esta tendencia es libre y también complicada. En palabras de nuestro autor:

Quisiéramos poder conocer; no obstante, durante milenios y milenios el hombre ha trabajado para conocer y sólo ha logrado muy pequeños conocimientos. Este es nuestro privilegio y esta nuestra dramática determinación. Por eso, ante todo, percibe el hombre que precisamente lo que más en el fondo desea es, hasta tal punto imposible, que se siente infeliz. Los animales no conocen la infelicidad, pero el hombre actúa siempre en contra de su mayor deseo, que es el de llegar a ser feliz. El hombre es, esencialmente, un insatisfecho, y esto —la insatisfacción— es lo más alto que el hombre posee, precisamente porque se trata de una insatisfacción, porque desea tener cosas que no ha tenido nunca. Por eso suelo decir que esta insatisfacción es como un amor sin amada o como un dolor que siento en unos miembros que nunca he tenido.<sup>89</sup>

La libertad humana no puede entenderse sin recurrir a la filosofía y, es más, la misma filosofía no podría entenderse si la persona no tuviese la capacidad de pensar, hablar y actuar libremente. Don José sabía que entrar al análisis filosófico de la libertad era entrar a una especie de laberinto donde el hombre trata de encontrarse quizás para esconderse de sí mismo. El espíritu español es prueba de esto: se abrieron hacia otros horizontes para encerrarse. A Ortega y Gasset le pasó: se fue al extranjero y cuando regresó libremente a España guardó muchos silencios que tenían acentos de depresión. Y aún bajo los terribles síntomas de esta enfermedad tuvo márgenes de libertad, a pesar de vivir bajo un régimen contrario a las libertades políticas.

La libertad está íntimamente ligada a la vocación y el filósofo lo ha escrito con magistral claridad:

No hay un vivir abstracto. Vida significa la inexorable forzosidad de realizar el proyecto de existencia que cada cual es. Este proyec-

89 Ortega y Gasset, *op. cit.*, nota 12, t. 9, p. 623.

to en que consiste el yo no es una idea o plan ideado por el hombre y libremente elegido. Es anterior, en el sentido independiente, a todas las ideas que su inteligencia forme, a todas las decisiones de su voluntad. Más aún, de ordinario no tenemos de él sino un vago conocimiento. Sin embargo, es nuestro auténtico ser, es nuestro destino. Nuestra voluntad es libre para realizar o no ese proyecto vital que últimamente somos, pero no puede corregirlo, cambiarlo, prescindir de él o sustituirlo. Somos indeleblemente ese único personaje programático que necesita realizarse. El mundo en torno o nuestro propio carácter nos facilitan o dificultan más o menos esa realización. La vida es constitutivamente un drama, porque es la lucha frenética con las cosas y aún con nuestro carácter por conseguir ser de hecho el que somos en proyecto... Y aquí surge lo más sorprendente del drama vital: el hombre posee un amplio margen de libertad con respecto a su yo o destino. Puede negarse a realizarlo, puede ser infiel a sí mismo. Entonces su vida carece de autenticidad... podemos ser más o menos fieles a nuestra vocación y, consecuentemente, nuestra vida más o menos auténtica... Lo más interesante no es la lucha del hombre con el mundo, con su destino exterior, sino la lucha del hombre con su vocación... El mal humor insistente es un síntoma demasiado claro de que un hombre vive contra su vocación.<sup>90</sup>

El problema de la libertad desde un punto de vista antropológico es bastante complejo, ya que casi todas las acciones humanas están implícitas en actos volitivos. El hombre es personaje de su propia trama.

El arte, y particularmente la literatura, como extensión de esta realidad ética es una consecuencia notable. De ahí que resulten muy interesantes las piezas teatrales de los dramaturgos Luigi Pirandello e Ignacio Arriola Haro: *Sei personaggi in cerca d'autore* y *Diálogo de personajes* respectivamente, donde los actores o asumen una orfandad en búsqueda de alguien que escriba sus destinos o también al tratar de asumir sus propias identidades se ‘rebelan’ a los textos de sus creadores.

90 Ortega y Gasset, *op. cit.*, nota 47, t. 4, pp. 400-409.

En *Estudios sobre el amor*, don José alude a la libertad, pero desde una perspectiva filosófica a mi juicio muy interesante: “Es, pues, el amor, por su misma esencia, elección. Y como brota del centro personal, de la profundidad anímica, los principios selectivos que la deciden son a la vez las preferencias más íntimas y arcanas que forman nuestro carácter individual”.<sup>91</sup>

Respecto a *Estudios sobre el amor* ha comentado Guillermina Alonso Dacal:

El amor es pleno y da plenitud; el amor es sentido y da sentido a ese estar vitalmente con el otro, fiel al amado y al destino de éste sea el que sea; porque en el amor ‘Tú eres mi mejor yo’... El amor es para José Ortega y Gasset, desde sus comienzos, el modo de ser de las cosas en plenitud... El amor es una forma de ser y de ver las cosas; el amor es, ante todo, un imperativo vital, que se traduce en un imperativo de selección y de excelencia, es decir, se trata de imperativos estéticos que se convierten en imperativos éticos... El amor es en cuanto imperativo vital, un imperativo de selección en el que se da el cruce entre lo cognoscitivo y lo ético. El amor es una forma de conocimiento porque todo conocimiento es intencional, es decir, va a los objetos desde una manera determinada de ser y según una gama de intereses. No hay un conocimiento neutro, desapasionado y objetivo; conocer es seleccionar, lo que significa que hay un elemento atencional en esa intencionalidad. Es un juego de intención y de atención. El amor consiste en el intento de ver a los objetos y a las personas, en este caso al amado, en la plenitud de su ser.<sup>92</sup>

La misma filósofa mexicana hace una pertinente observación de un escrito del pensador madrileño en relación directa con lo anterior: “En Cartas a un joven español editadas por su hija Soledad Ortega, destacan, entre ellas, las cartas a su novia de entonces y futura esposa en donde el 26 de abril de 1905 le cita las

91 Ortega y Gasset, *Estudios sobre el amor*, Madrid, Espasa-Calpe, 1964, p. 145.

92 Alonso Dacal, Guillermina, “Algunas ideas sobre el amor en José Ortega y Gasset”, *Logos*, México, septiembre-diciembre de 1999, núm. 81, pp. 91-93.

palabras —ya aludidas en el párrafo anterior— del poeta inglés Shelley a su amada: ‘*Tú eres mi mejor yo*’.<sup>93</sup>

Y para comprobar nuevamente que las *Obras Completas* de José Ortega y Gasset no están completas, Alonso Dacal dice sobre aquel escrito dado a conocer por la hija del filósofo: “En los doce tomos de las *Obras completas*, no se encuentra *Cartas a un joven español* donde está la frase del poeta inglés Shelley y que Ortega cita en una de ellas a su entonces futura esposa. Sin embargo, en las *Obras Completas* en los tomos 1, p. 135; 3, pp. 332 y 10, p. 461 aparece dicha cita”.<sup>94</sup>

En las páginas de *El Espectador*, se recoge la idea orteguiana de que no hay auténtico amor si no hay elección.

José Ferrater Mora hace una interesante lectura sobre la libertad en el pensamiento orteguiano:

...la libertad no es algo que tenemos, sino algo que somos... La libertad es en rigor, tan absoluta que podemos inclusive elegir no ser ‘nosotros mismos’, esto es, ser infieles a ese ‘yo insobornable’ al cual hemos llamado ‘vocación’ o ‘destino’. Nuestra libertad no será menor porque nuestra vida sea menos auténtica, pues la libertad es justamente la posibilidad absoluta de prestar o no oídos a ese ‘llamado’ íntimo que sostiene nuestro ser.<sup>95</sup>

De la lectura de *La rebelión de las masas*, el filósofo Arturo Damm Arnal ha colegido lo siguiente: “El hombre debe ejercer su libertad para descubrir valores e ideales que den un sentido verdaderamente humano a su vida, poniéndolo en tensión hacia algo que le haga trascenderse a sí mismo”.<sup>96</sup>

¿El hombre es una marioneta del destino? ¿Estamos determinados? ¿La circunstancia nuestra decide por nosotros? ¿Qué piensa José Ortega y Gasset cuando, al parecer, sus circunstancias formaron parte (si no es que influyeron decisivamente) en la

93 *Ibidem*, p. 69.

94 *Idem*.

95 Ferrater Mora, *op. cit.*, nota 8, pp. 103 y 104.

96 Damm Arnal, *op. cit.*, nota 50, pp. 101 y 102.

trama sobre la cual escribió supuestamente sólo para su tiempo y sus compatriotas?

Don José en diversas de sus obras, ya sean artículos o ensayos propiamente dichos, ha dejado ver claramente con coherencia su visión sobre la libertad humana. Y como lo veremos enseguida, el filósofo francés Jean Paul Sartre tuvo influencia recíproca con el maestro madrileño.

En la multicitada *La rebelión de las masas*, Ortega y Gasset dice:

Vivir es sentirse fatalmente forzado a ejercitar la libertad, a decidir lo que vamos a ser en este mundo. Ni un solo instante se deja descansar a nuestra actividad de decisión. Inclusive cuando desesperados nos abandonamos a lo que quiera venir, hemos decidido no decidir. Es, pues, falso decir que en la vida ‘deciden las circunstancias’. Al contrario: las circunstancias son el dilema, siempre nuevo, ante el cual tenemos que decidirnos. Pero el que decide es nuestro carácter.<sup>97</sup>

Cuando Ortega y Gasset dice que hemos decidido no decidir, dice algo que si bien lógicamente puede ser un contrasentido, ópticamente es una realidad. Precisamente esta idea la repetirá Sartre con cadencia propia años después en su obra *El existencialismo es un humanismo*: “La elección es posible en un sentido, pero lo que no es posible es no elegir. Puedo siempre elegir, pero tengo que saber que, si no elijo, también elijo”.<sup>98</sup>

En *El hombre y la gente*, obra publicada de manera póstuma en 1957, el filósofo español habrá escrito una apreciación muy similar a la sostenida por Sartre. Dice el fundador del Instituto de Humanidades:

97 Ortega y Gasset, *op. cit.*, nota 22, t. 4, p. 171.

98 Sartre, Jean Paul, *El existencialismo es un humanismo*, México, Quinto Sol, 1985, p. 57.

Esta forzosidad de tener que elegir y, por tanto, estar condenado, quiera o no, a ser libre, a ser por su propia cuenta y riesgo, proviene de que la circunstancia no es nunca unilateral, tiene siempre varios y a veces muchos lados. Es decir, nos invita a diferentes posibilidades de hacer, de ser. Por eso nos pasamos la vida diciéndonos: ‘Por un lado?’, yo haría, pensaría, sentiría, querría, decidiría esto, pero, ‘por otro lado’... La vida es multilateral... Cuando queremos describir una situación vital extrema en que la circunstancia parece no dejarnos salida ni, por tanto, opción, decimos que ‘se está entre la espada y la pared’. ¡La muerte es segura, no hay escape posible! ¿Cabe menor opción? Y, sin embargo, es evidente que esa frase nos invita a elegir entre la espada y la pared. Privilegio tremendo y gloria de que el hombre goza y sufre por veces —el de elegir la figura de su propia muerte—: la muerte del cobarde o la muerte fea o la bella muerte.<sup>99</sup>

En 1943 en su célebre libro *El ser y la nada*, Sartre escribió: “...el hombre, al estar condenado a ser libre, lleva sobre sus hombros el peso íntegro del mundo; es responsable del mundo y de sí mismo...”<sup>100</sup>

En su ensayo *Historia como sistema*, el filósofo castellano alude también al tema de la libertad forzada cuando se refiere a un pensamiento ya antes tratado, que el hombre es novelista de sí mismo, original o plagiario, entonces remarca a propósito de lo anterior:

Entre esas posibilidades tengo que elegir. Por tanto, soy libre. Pero entiéndase bien, soy por fuerza libre, lo soy quiera o no. La libertad no es una actividad que ejercita un ente, el cual aparte y antes de ejercitárla, tiene ya un ser fijo. Ser libre quiere decir carecer de identidad constitutiva, no estar adscrito a un ser determinado, poder ser otro del que se era y no poder instalarse de una vez y para siempre en ningún ser determinado.<sup>101</sup>

99 Ortega y Gasset, *op. cit.*, nota 6, t. 7, p. 104.

100 Sartre, Jean Paul, *El ser y la nada*, Buenos Aires, Losada, 1943, p. 675.

101 Ortega y Gasset, *op. cit.*, nota 12, t. 6, p. 34.

En sus *Lecciones de metafísica*, Ortega y Gasset dice con un acento que me atrevo a decir que va más allá del magisterio ordinario: “Dentro de la fatalidad de vuestra circunstancia sois libres; más aún, sois fatalmente libres porque no tenéis más remedio, queráis o no, que escoger vuestro destino en la holgura y el margen que os ofrece vuestra fatal circunstancia”.<sup>102</sup>

Ignace Lepp critica la postura de Sartre y por tanto también de manera implícita la de Ortega y Gasset porque considera que los hombres no estamos condenados a ser libres. La libertad como la concibe Sartre, dice Lepp, no es creadora y luego afirma:

Si lleváramos las afirmaciones de Sartre a sus consecuencias lógicas, sólo tendríamos una apariencia de libertad y volveríamos a caer en el determinismo más absoluto. ¿Qué es esta libertad que el hombre no podría rechazar tanto como no podría rechazar su ser, esta libertad a la cual está condenado? Si el hombre estuviese determinado para ser libre, ¿cómo sus actos sólo serían libres en apariencia?<sup>103</sup>

Su optimismo realista le permitió decir: “Toda vida es la lucha, el esfuerzo por ser sí misma. Las dificultades con que tropiezo para realizar mi vida son, precisamente, lo que despierta y moviliza mis actividades, mis capacidades”.<sup>104</sup>

Don José fue además, como hombre libre, un esteta. Por eso, las palabras de Virginia Aspe Armella se ajustan al filósofo: “Si el fin del hombre es la vida y la vida es actividad, el mito es la cumbre del arte porque manifiesta vida, actividad y racionalidad. Estas situaciones artificiales son generadas en última instancia por la libertad”.<sup>105</sup>

El filósofo de Madrid a pesar de sus circunstancias adversas, estuvo convencido de la libertad como realidad fundamental de la

102 Ortega y Gasset, *op. cit.*, nota 47, p. 76.

103 Lepp, Ignace, *La existencia auténtica*, Buenos Aires, Carlos Lohlé, 1977, p. 53.

104 Ortega y Gasset, *op. cit.*, nota 6, t. 4, p. 208.

105 Aspe Armella, Virginia, *El concepto de técnica, arte y producción en la filosofía de Aristóteles*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993, p. 19.

persona humana. O quizá, por aquellas circunstancias tan suyas, Ortega y Gasset fue un creyente de la libertad.

## II. ¿LA DEMOCRACIA ES RESULTADO DE LA LIBERTAD? VISIÓN CRÍTICA DE JOSÉ ORTEGA Y GASSET SOBRE LA DEMOCRACIA

El filósofo español al ser un ferviente defensor de la libertad humana es en consecuencia un firme creyente de las libertades políticas y por tanto de la democracia. Esto no significa que el propio Ortega y Gasset no fuese un persistente crítico de este sistema de gobierno, que también tiene insuficiencias y abusos. La República española en la que participó el filósofo como ciudadano y diputado —durante un tiempo breve— si bien nació democráticamente, mostró muy pronto su debilidad política para tener en su seno grupos radicales con diferencias tan graves que propiciaron más tarde una guerra civil.

De ahí que sostuviese don José lo siguiente:

Creo que el régimen de libertades y la democracia son formas del derecho político, tan indeleblemente inscritas en la sensibilidad europea, que no cabe imaginar en serio ninguna institución estable que se les oponga. Las mismas ‘extremas derechas’ y ‘extremas izquierdas’, que presumen poder prescindir de ellas, las llevan disueltas en la sangre, y el día en que, abandonando su modesta posición de crítica, quisiesen establecer instituciones, se verían obligadas a aceptarlas.<sup>106</sup>

José Ortega y Gasset sabía desde antes del nacimiento de la República, que una democracia débil es caldo de cultivo para una dictadura. Sin duda para la política es necesario educarse. Y la educación es resultado del manejo de la libertad con responsabilidad. La democracia es el ejercicio maduro de las libertades políticas.

106 Ortega y Gasset, *op. cit.*, nota 47, t. 11, p. 66.

cas, donde el gobierno está abierto para escuchar y actuar a favor de la población.

En su *Discurso de león* llegó a precisar esta idea donde proclama el verdadero valor de la democracia:

La política democrática es sin duda algo que se hace por el pueblo. Toda la verdadera política democrática tiene que ser educación y enseñanza del pueblo; no hay, pues, excusas: los que no comunican al pueblo con precisión sus ideas sobre el Estado que van a hacer es que no las tienen y, hallándose por dentro vacíos, transmiten a las muchedumbres esas vacuidades interiores en sus discursos. Esto es lo que no puede ser, esto es de lo que tenemos todos que protestar.<sup>107</sup>

El docente madrileño no cayó en el dogmatismo político cuando sobrevino la República. Mantuvo un espíritu crítico y democrático para manifestar las bondades y los desastres de la República de la que formó parte. De los artículos y ensayos políticos de Ortega y Gasset he colegido que si se pierde el ímpetu crítico —más aún tratándose de intelectuales— frente a cualquier gobierno —incluso por democrático que sea— para señalar los errores de gobernantes y ciudadanos, el crecimiento político y ético no sólo se puede frenar, sino caer en un retroceso que lleve a un proceso de bestialización, por cierto, típico en los golpes de estado, revoluciones y gobiernos incompetentes. A Ortega y Gasset le acabó decepcionando la República, y nunca se entusiasmó por el gobierno de Francisco Franco.

José Ortega y Gasset, como he referido antes, fue un crítico de la República española y de los anteriores gobiernos de su país. No se benefició con la dictadura de Franco como ya he comentado y al contrario, el dictador le tuvo recelo aún muerto al filósofo, como lo ha narrado objetivamente Julián Marías:

107 *Ibidem*, p. 302.

El director de *ABC*, Luis Calvo, era un gran periodista, con vivo sentido de su profesión, y un fervoroso admirador de Ortega, por quien sentía real afecto. Al ver que su muerte se acercaba, pidió a los más amigos y discípulos que escribieran artículos que podrían ser dignos de él. El ministerio de Información cursó a los periódicos instrucciones que leí con mis propios ojos: si Ortega moría, se podrían publicar artículos de extensión limitada, que podrían ser elogiosos, pero que habrían de señalar ‘sus errores políticos y religiosos’; se podrían publicar fotografías del cadáver o la mascarilla, ‘pero no D. José vivo’. Resultaba difícil comprender tanta mezquindad.

No es exagerado decir que España, por lo menos Madrid, vivió unos días de espera tensa, que estaba ocupada por los latidos de una vida que se iba extinguendo. Y al mismo tiempo se iban tendiendo los hilos de varias manipulaciones, de los que se proponían ‘aprovechar’ con diversos fines, la muerte inminente de aquel hombre. ‘En España es difícil hasta morirse’, dijo Ortega un día.<sup>108</sup>

José Ortega y Gasset fue un crítico de las democracias, en tanto no representan un capítulo acabado de la política, y con mayor razón fue un estudioso y detractor de las dictaduras. El mal uso y desde luego el abuso del poder es una deformación del ejercicio de autoridad que el propio filósofo observó y padeció con cambios bruscos de temperatura política en su sociedad.

En 1925 el filósofo español escribió en cuanto al fascismo y al bolchevismo, ya existentes como prácticas de gobierno en Italia y la Unión Soviética, supuestas y controvertidas “democracias populares” —cuando Mussolini empezaba y cuando Stalin todavía no se afianzaba en el poder— respectivamente lo siguiente:

El fascismo tiene un cariz enigmático, porque aparecen en él los contenidos más opuestos. Afirma el autoritarismo, y a la vez organiza la rebelión. Combate la democracia contemporánea y, por otra parte, no cree en la restauración de nada pretérito. Parece pro-

108 Marías, Julián, *Una vida presente, Memorias*, Madrid, Alianza, 1989, t. 2, p. 104.

ponerse la forja de un Estado fuerte y emplea los medios más disolventes, como si fuera una facción destructora o una sociedad secreta... El bolchevismo, como todos los movimientos propiamente revolucionarios, tritura ilegalmente un Estado legal a fin de instaurar otro. Sus partidarios creen ejercer hoy el poder en nombre de una legitimidad fundada en razones jurídicas, tan firmes como las que más, las cuales, a su vez, se presentan sostenidas por toda una ética y aún por toda una concepción del universo. El Gobierno soviético usa de la violencia para asegurar su derecho; pero no hace de aquélla su derecho.<sup>109</sup>

De la República, cuya formación fue democrática —y que curiosamente su itinerario hacia la destrucción y a la guerra se debió en gran medida a la falta de prudencia política de algunos de su más prominentes personajes— ha escrito don José con su inconfundible estilo estas palabras escritas a fines de 1933:

Los hombres que han gobernado estos dos años y que querían para ellos solos la República, no eran en verdad republicanos, no tenían fe en la República. Como no me refiero a nadie en particular, no tengo por qué hacer las excepciones que la justicia nominativum reclamaría. Eran incapaces de comprender que las transformaciones verdaderamente profundas y sustantivas de la vida española, las que pueden hacer de este pueblo caído un gran pueblo ejemplar, son las que el régimen republicano, como tal y sin más, produciría a la larga y automáticamente. Por eso necesitaban con perennidad otras cosas, además de la República, cosas livianas, espectaculares, superficiales y de una política ridículamente arcaica, como la expulsión de los jesuitas, la descrucifixión de las escuelas y demás cosas que por muchas razones y muchos sentidos —conste, en muchos sentidos— han quedado ya bajo el nivel de lo propiamente político. Es decir, que no son siquiera cuestión. Otras, que son más auténticas, y que, quiérase o no, habrá que hacer, como la reforma agraria, tenían que haber sido acometidas bajo un signo riguroso de la más alta seriedad y competencia.

109 Ortega y Gasset, *op. cit.*, nota 39, pp. 497 y 502.

Se ha visto que esos hombres, al encontrarse con el país en sus manos, no tenían la menor idea sobre lo que había que hacer con ese país. No habían pensado ni siquiera en la Constitución que iban a hacer, la cual, al fin y al cabo, es lo más fácil por ser lo más abstracto de la política.<sup>110</sup>

En cuanto a la democracia y su ejercicio, Ortega y Gasset no dejó de manifestar su opinión filosófica:

La política democrática es sin duda algo que se hace por el pueblo. Toda la verdadera política democrática tiene que ser educación y enseñanza del pueblo; no hay, pues, excusas, los que no comunican al pueblo con precisión sus ideas sobre el Estado que van a hacer es que no las tienen, y hallándose por dentro vacíos, transmiten a las muchedumbres esas vacuidades interiores en sus discursos. Esto es lo que no puede ser, esto es de lo que tenemos todos que protestar.<sup>111</sup>

Ligado a lo anterior, el propio periodista y filósofo escribió un artículo el 6 de junio de 1931 en *Crisol* donde de manera muy clara se refleja su vocación democrática, eso sí una democracia responsable para España:

La democracia tiene que perder el aspecto polvoriento de turbas, que van y vienen indecisas como trozos descoyuntados de un rebaño empavorecido. Ha de tener la limpieza, la exactitud y el rigor de un taller racionalizado, de una clínica perfecta, de un laboratorio en forma. Y es ineludible que el nuevo Estado sea así, precisamente porque las transformaciones políticas y sociales a que es preciso dar cima son tan enormes —en España y fuera de España— que sin ese funcionamiento preciso serían por completo imposibles... No hay escape, amigos; hemos llegado al álgebra superior de la democracia.<sup>112</sup>

110 Ortega y Gasset, *op. cit.*, nota 47, t. 11, p. 529.

111 *Ibidem*, p. 302

112 *Ibidem*, pp. 343 y 344.

Desafortunadamente para la población española, el álgebra de la democracia se complicó y, en 1936, la patria de Miguel de Unamuno cayó en el álgebra inferior de la dictadura, previa Guerra Civil que tuvo incontables víctimas y huellas perdurables.

Como presagio de lo que acontecería a España, Ortega y Gasset escribió en *Crisol* estas palabras el 31 de julio de 1931:

La política de la República española no puede ser la política de la mujer de Lot, que mira demasiado hacia atrás. La política es y tiene que ser siempre, pero más en momentos de iniciación histórica, un proyecto de futuro común que un Gobierno presenta a un pueblo, una imaginación de magnas empresas en que todos los españoles se sientan con un quehacer, y no como habéis hecho con la juventud española que tanto contribuyó a la génesis de la República, y desde hace tres meses está la pobre sentada, sin que le hayáis dado qué hacer. Política, señores ministros, es, ante todo, dibujar atractivos, animadores horizontes.<sup>113</sup>

En su artículo “Entreacto polémico”, Ortega y Gasset une el tema de la libertad con el tema de la autoridad. La democracia en realidad no puede entenderse a falta de uno de los dos:

La libertad es una cosa que no se puede querer sola, como no se puede querer sólo el perfil de una mujer sin la carne que lo sostiene. Para querer libertades es menester, por lo menos, querer además los medios de ejercerlas y asegurarlas... No puede haber en España libertad mientras que las instituciones que la proclamen no gocen de plena autoridad, y no tendrán autoridad mientras no sean respetables, y no serán respetables mientras no sean sinceras y eficientes, y no serán sinceras y eficientes si se preocupan sólo de ser liberales y no se ocupan de la existencia nacional, de sus otros problemas más urgentes. A la postre no se afirman en ningún país más instituciones que las que llevan al triunfo, las que aumentan su vitalidad.<sup>114</sup>

113 *Ibidem*, p. 356.

114 *Ibidem*, pp. 60 y 61.

Se desprende de manera lógica que don José creía en el necesario equilibrio entre las libertades públicas y la autoridad. Ni libertinaje ni autoritarismo. Ortega y Gasset vio en la historia de España los excesos de la libertad y los colmos de la autoridad y el poder.

El problema español es que la República que nació en 1931 no fue democrática ni hubo ejercicio cabal de la autoridad ni ejercicio responsable de las libertades, y precisamente por eso Ortega y Gasset fue uno de los críticos más persistentes del nuevo régimen, a cuya creación él contribuyó.

Por lo mismo escribiría en noviembre de 1931 en un artículo titulado “Pensar en grande”: “El cambio de régimen no tiene sentido si no es para lograr que la vida española salga por fin al alta mar de la Historia”.<sup>115</sup>

El cambio de régimen no llevó a España hacia alta mar, sino hacia aguas turbulentas de intolerancia, violencia y absurdo, traducidas en guerra civil y dictadura, de las que todavía hoy con régimen democrático hay huellas visibles como el terrorismo.

¿Qué opinaría el gran maestro sobre las actividades de la ETA? En el país vasco como en toda España hay alternancia de poder, sistema de partidos, mayor autonomía regional, participación de los españoles en los comicios electorales, prensa libre y, sin embargo desafortunadamente, no desaparece el terrorismo.

La democracia guarda para sí importantes valores. Debilitarla es abrir las puertas al *Leviatan* de Thomas Hobbes o peor aún al totalitarismo.

115 *Ibidem*, p. 328.